

XIX.

Tal vez enardecida y juguetona,
alguna virgen mona
prendióle astuta en sus amantes lazos,
y más fiel que su nieta pervertida,
ni le amargó la vida,
ni le hirió el corazón con sus abrazos.

XX.

Y allí, bajo la bóveda azulada,
en la verde enramada,
á la sonora margen de los ríos,
adormecidos con los trinos suaves
de las canoras aves,
ocultas en los árboles sombríos;

XXI.

allí, donde la gran Naturaleza
descubre la belleza
de su seno inmortal, siempre fecundo,
en deliquios ardientes y amorosos,
los dos tiernos esposos
engendraron al árbitro del mundo.

XXII.

¡Al árbitro del mundo!... ¡Qué sarcasmo!
Perdido el entusiasmo,
sin esperanza en Dios, sin fe en sí mismo,
cuando le borre su divino emblema,
esa ciencia blasfema,
como la piedra rodará al abismo.

XXIII.

Caerá de sus altares el Derecho
por el turbión deshecho;
la Libertad sucumbirá arrollada.
Que cuando el alma humana se oscurece,
sólo prospera y crece
la fuerza audaz, de crímenes cargada.

XXIV.

¡Ay, si al romper su religioso yugo,
gusta el pueblo del jugo
que en esa ciencia páfida se escondel
¡Ay, si olvidando la celeste esfera,
el hijo de la fiera
sólo á su instinto natural respondel

XXV

¡Ay, si recuerda que en la selva umbría
la bestia no tenía
ni Dios, ni ley, ni patria, ni heredades!
Entonces la revuelta muchedumbre
quizás, Europa, alumbre
con el voraz incendio tus ciudades.

XXVI.

¡Batid gozosos la sangrientas manos,
déspotas y tiranos!
Ya entre el tumulto vuestra faz asoma.
Que el hombre á la razón dobla su frente
más sólo el hierro ardiente
la hambrienta rabia de la fieras doma.
24 de Diciembre de 1872.

LAS ARPAS MUDAS.

La virgen poesía,
huyendo de los hombres,
se pierde en las profundas
tinieblas de la noche.
Las arpas enmudecen,
y el eco no responde
sino á los broncos gritos
de cien revoluciones

¡Ay, cuando la tormenta
cierne sus negras alas,
la tímida avecilla
se oculta y tiembla y callal
¿Qué valen sus gorjeos
ante la voz airada
del trueno, que retumba
en valles y en montañas?

¡Qué cambio y que contrastel
 Ayer llenaba el mundo
 la inspiración sublime
 de Schiller, Byron y Hugo.
 Hoy sobre nuestras almas,
 que envileció el tumulto,
 parece qua gravita
 la losa de un sepulcro.

Miraban nuestros padres
 el despertar de un siglo:
 nosotros á sus hondas
 angustias asistimos.
 En su entusiasmo ardiente
 su cántico era un himno.
 El nuestro, ¡oh desventural
 el nuestro es un gemido.

Cuando despues de aquella
 sangrienta sacudida,
 que derribó en el polvo
 la sociedad antigua,
 con su potente mano
 la santa poesía
 logró sacar ileso
 á Dios de entre las ruinas;

cuando en estéril roca,
 entre el rumor confuso
 del mar, agonizaba
 en su aislamiento augusto
 el águila altanera,
 tan grande en su infortunio,
 que de sus corvas garras
 tuvo suspenso el mundo;

entonces, como el germen
 oculto que despierta,
 y rompió vigoroso
 la cárcel que lo encierra,
 sobre las viejas ruinas
 brotaron por doquiera
 la religión, la gloria,
 la libertad, la ciencia.

¡Siempre el dolor fecunda
 La tierra, nuestra madre,
 sufre el agudo arado
 que sus entrañas abre;
 el mar tiene sus roncas
 y oscuras tempestades,
 su duda el pensamiento,
 la religión sus mártires.

Todo lo grande surge
 de este combate eterno,
 como la luz del choque
 del pedernal y del hierro.
 ¡Felices nuestros padres,
 que entonces recogieron
 la mies, antes regada
 con llanto, sangre y cieno!

¿Es raro que el poeta
 alzase himnos de gloria
 al Dios que renacia
 de entre sus aras rotas?
 ¿Es raro que cantase
 la alborozada Europa
 al nuevo sol, naciendo
 de la impalpable sombra

Pero hoy, ¿qué alegre canto
 entonarán las musas?
 La llama del incendio
 nuestro camino alumbra,
 La libertad seguida
 de alborotadas turbas
 arrastra por el fango
 sus blancas vestiduras.

El entusiasmo espira
 en lecho de dolores:
 atónita y turbada
 la fe su venda rompe,
 y caen de sus altares,
 bajo insensatos golpes,
 la patria, la familia,
 los reyes y los dioses.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO REYES"
 Cód. 1625 MONTERREY, MEXICO

¡Todo se anubla, todo
choca, todo está herido:
Pide estragado el arte
su inspiración al vicio,
y entre el alegre estruendo
de infames regocijos,
la sociedad oscila
sobre el oscuro abismo.

¡Poetas! Hasta tanto
que la borrasca pase,
colguemos nuestras arpas
de los llorosos saúces,
Tal vez cuando la tierra
nuestros despojos guarde,
el viento las sacuda
y vibren, giman, canten.

Tal vez cuando del tiempo
se amanse la corriente:
nuestros felices hijos
piadosos las descuelgen.
¡Quién sabe! Aunque las densas
tinieblas nos envuelven,
no eres eterna ¡oh noche!
¡dolor, no duras siempre!

Junio, de 1873.

A VOLTAIRE.

Eres ariete formidable: nada
resiste á tu satánica ironía.
Al través del sepulcro todavía
resuena tu estridente carcajada.

Cayó bajo tu sátira acerada
cuanto la humana estupidez creía,
y hoy la razón no más sirve de guía
á la prole de Adán regenerada.

Ya sólo influye en su inmortal destino
la libre religión de las ideas;
ya la fe miserable á tierra vino;

ya el Cristo se desploma; ya las teas
alumbran los misterios del camino;
ya venciste, Voltaire. ¡Maldito seas!

Julio de 1873.



—¡Volcad la loza que os cierra!
Vastagos de imperial rama,
varones que honraís la fama,
antiguas y excelsas glorias
de vuestras urnas mortuorias
Salid, que el César os llama.—

MISERERE.

Es de noche : el monasterio
que alzó Felipe Segundo
para admiración del mundo
y ostentación de su emperio,
yace envuelto en el misterio
y en las tinieblas sumido.
De nuestro poder, ya hundido,
último resto glorioso,
parece que está el coloso
al pié del monte, rendido.

El viento del Guadarrama
deja sus antros oscuros,
y estrellándose en los muros
del templo, se agita y brama.
Fugaz y rojiza llama
surca el ancho firmamento,
y á veces, como un lamento,
resuena el lúgubre són
con que llama á la oración
la campana del convento.

La iglesia, triste y sombría,
en honda calma reposa,
tan helada y silenciosa
como una tumba vacía.
Colgada lámpara envía
su incierta luz á lo lejos,
y á sus trémulos reflejos
llegan, huyen, se levantan
esas mil sombras que espantan
á los niños y á los viejos.

De pronto, claro y distinto,
la regia cripta conmueve
ruido extraño, que aunque leve,
llena el mortuorio recinto.
Es que el César Carlos Quinto,
con mano firme y segura
entrea bre su sepultura,
y haciendo una horrible mueca,
su faz carcomida y seca
asoma por la hendidura.

BIBLIOTECA
UNIVERSITARIA
DE MENDOZA

Golpea su descarnada
frente con tenaz empeño
como quien sale de un sueño
sin acordarse de nada.
Recorre con su mirada
aquel lugar solitario,
alza el mármol funerario,
y arrebatado y resuelto
salta del sepulcro, envuelto
en su andrajoso sudario.

—¡Holal— grita en són de guerra
con aquella voz concisa,
que oyó en el siglo, sumisa
y amedrentada la tierra.

—¡Volcad la losa que os cierra!
Vástagos de imperial rama,
varones que honrais la fama,
antiguas y excelsas glorias,
de vuestras urnas mortuorias
salid, que el César os llama. —

Contestando á estos conjuros,
un clamor confuso y hondo
parece brotar del fondo
de aquellos mármoles duros.
Surgen vapores impuros
de los sepulcros ya abiertos.
la serie de reyes muertos
después á salir empieza,
el gesto despavorido
de los que han envilecido
la corona en su cabeza.

Grave, solemne, pausado,
se alza Felipe Segundo,
en su lucha con el mundo
vencido, mas nó domado.
Su hijo se despierta al lado,
y detrás del rey devoto,
aquel que humillado y roto
vió desmoronarse á España,
cual granítica montaña.
A impulsos del terremoto.

Luégo al monarca enfermizo,
de infausta y negra memoria,
en cuya Edad, nuestra gloria
como nieve se deshizo.
Bajo el poder de su hechizo
se estremece todavía.
¡Ay, qué terrible armonía,
qué oscuro enlace se nota
entre aquel misero idiota
y su exhausta monarquía!

Con terrífica sorpresa
y en silencioso concierto,
todos los reyes que han muerto
van saliendo de su huesa.
La ya apagada pavesa
cobra los vitales sombríos
aquellos yertos despojos,
aquellas cuencas sin ojos,
aquellos cráneos vacíos.

De los monarcas en pos,
respondiendo al llamamiento,
cual si llegara el momento
del santo juicio de Dios,
acuden de dos en dos
por claustros y corredores,
principes, grandes señores,
prelados, frailes, guerreros,
favoritos, consejeros,
teólogos é inquisidores.

¡Qué es mirar cómo serpea
por su semblante amarillo
el fosforescente brillo
que la podredumbre creal
¡Qué espíritu no flaquea
con mil terrores secretos,
viendo aquellos esqueletos,
que ante el César, que los nombra,
se deslizan por la sombra
mudos, absortos, inquietos!

¡Cuántas altas potestades,
cuántas grandezas pasadas,

cuántas invictas espadas,
cuántas firmes voluntades
en aquellas soledades
muestran sus restos livianos!
¡Cuántos cráneos soberanos,
que el genio habitara en vida,
convertidos en guarida
de miserables gusanos!

Desde el triste panteón
en que se agolpa y hacina,
hacia el tempo se encamina
la fúnebre procesión.
Marca con pausado són
tras del rey que la congrega,
y cuando á la iglesia llega,
inunda la altiva nave
un resplandor tibio y suave,
que ni deslumbra ni ciega.

Guardando al regio decoro,
como en los siglos pasados,
reyes, príncipes, prelados
toman asiento en el coro.
Después en tropel sonoro
por el templo se derrama,
rindiendo culto á la fama
con que llena las historias,
aquel haz de muertas glorias,
que el César convoca y llama.

Por mandato soberano
de Carlos, que el cetro ostenta,
llega al órgano y se sienta
un viejo esqueleto humano.
La seca y huesosa mano
en el gran teclado imprime,
y la música sublime
que á inmensos raudales brota,
parece que en cada nota
reza y llora, canta y gime.

Uniendo al acorde santo
su voz, los muertos despojos
caen ante el ara de hinojos
y á Dios elevan su canto.

Honda expresión del quebranto,
aquel eco de la tumba
crece, se dilata, zumba,
y al paso che va creciendo,
resuena con el estruendo
de un mundo que se derrumba:

« Fuimos las ondas de un río
« caudaloso y desbordado.
« Hoy la fuente se ha secado,
« hoy el cauce está vacío.
« Ya ¡oh Dios! nuestro poderío
« se extingue, se apaga y muere.
« ¡Miserere!

« ¡Maldito, maldito sea
« aquel portentoso invento
« que dió vida al pensamiento
« y alas de luz á la ideal
« El verbo animado ondea
« y como el rayo nos hiera.
« ¡Miserere!

« ¡Maldito el hilo fecundo
« que á los pueblos eslabona,
« y busca, y cuenta, y pregona
« las pulsaciones del mundo!
« Ya en el silencio profundo
« ninguna injusticia muere.
« ¡Miserere!

« Ya no vive cada raza
« en solitario destierro,
« ya con vínculo de hierro
« la humana especie se enlaza
« Ya el aislamiento rechaza,
« ya la libertad prefiere,
« ¡Miserere!

« Rígido y brutal azote
« con desacordado empuje
« sobre las espaldas cruje
« del rey y del sacerdote.
« Ya nada existe que embote
« el golpe ¡oh Dios! que nos hiera.
« ¡Miserere!

« Mas ¡ay! que en su audacia loca,
 « también el orgullo humano
 « pone en los cielos su mano
 « y á ti, Señor, te provoca.
 « Mientras blasfemé su boca,
 « ni paz ni ventura espere.
 « ¡Miserere!

« No en la tormenta enemiga:
 « no en el insondable abismo:
 « el mundo lleva en sí mismo
 « el rayo que le castiga.
 « Sin compasión ni fatiga
 « hoy nos mata: pero muere.
 « ¡Miserere!

« Grande y caudaloso río,
 « que corres precipitado,
 « ve que el nuestro se ha secado
 « y tiene el cauce vacío.
 « ¡No prevalezca el impío,
 « ni la iniquidad prospere!
 « ¡Miserere! »

Súbito, con sordo ruido
 cruje el órgano y estalla,
 la luz se amortigua, y calla
 el concurso dolorido.
 Al disiparse el sonido
 del grave y solemne canto
 llega á su colmo el espanto
 de las mudas calaveras,
 y de sus órbitas hueras
 descendiendo abundoso llanto.

A medida que decrece
 la luz misteriosa y vaga,
 todo murmullo se apaga
 y el cuadro se desvanece
 Con el alba que aparece
 el cortejo se evapora,
 y mientras la blanca aurora
 esparce su lumbre escasa,
 á lo lejos silba y pasa
 la rauda locomotora.

25 de Junio de 1873.

Á LA MUERTE

DE

DON ANTONIO RIOS ROSAS

¡Cayó como la piedra en la laguna
 con rudo golpe en la insondable fosa!
 Ya no levantará tormenta alguna
 su elocuencia, vibrando en la tribuna,
 como el rayo terrible y luminosa.

¡Triste destino de la gloria humana
 tan costosa, tan misera y tan vanal
 ¡Ayer grandeza, y entusiasmo, y ruido;
 hoy tributo de lágrimas; mañana
 hondo silencio, y soledad, y olvido!

En la infinita sed que nos aqueja,
 ¿qué es nuestra vida? El sueño de un momento,
 onda que pasa, sombra que se aleja,
 ave tímida y muda que no deja
 ni el rastro de sus alas en el viento.

¡Cuántas, cuántas memorias arrebatada
 nuestra viviente y rauda catarata!
 ¿Qué es el mártir? ¿Qué el genio? ¿Qué el tirano
 en el torrente del linaje humano,
 que al través de los tiempos se dilata?

La secular encina, siempre verde,
 de sus marchitos frutos se despoja
 sin que nadie, mirándola, recuerde
 ni el seco ramo, ni la inútil hoja
 que en su invisible crecimiento pierde.

¡Todo es misterio, vértigo y locural
 La vida frágil, el renombre incierto,
 y la tremenda eternidad oscura...
 Sólo podemos dar á los que han muerto,
 con fe piadosa, honrada sepultura.

Él la tendrá con lágrimas regada
 ¿Cómo olvidar tan pronto, patria mía,
 la imperiosa atracción de su mirada,
 su voz, su ardiente voz, rígida espada
 que al chocar y al herir resplandecía?

A veces imagino que aún le veo
erguirse reposado y pensativo,
y á un tiempo mismo Tácito y Tirteo
arrostrar el contrario clamoreo,
cuanto más acosado más altivo.

Con fuerza potentísima y secreta
brotaban de su espíritu fecundo
el dardo agudo, la alusión discreta,
la cólera inspirada del poeta
y la sentencia del varón profundo.

En el peligro, enérgico y valiente,
jamás cedió su varonil denuedo,
ni se dejó arrastrar por la corriente;
nunca dobló su poderosa frente
ante los vanos ídolos del miedo.

Noble y robusto vástago de aquella
viril generación, que al mundo vino
cuando, impulsado por su infausta estrella,
marcó en España su iracunda huella
el rayo de la guerra y del destino;

cuando de su letargo despertaba
la nación de Lepanto y de Pavia,
y en lid ardiente, inextinguible y brava
mostró con su tesón que no quería
vivir sin honra, ni morir esclava.

Nacida entre el tumulto y el fracaso
de una lucha titánica y suprema,
esa generación que hacía su ocaso
dirige el triste y vacilante paso,
es el himno triunfal de aquel poema.

Arrojada y resuelta cual ninguna,
como engendrada en tan heroico empeño,
templóla en sus rigores la fortuna,
la ronca tempestad meció su cuna
y el eco del cañon le arrulló el sueño.

Siempre en la brecha y siempre enardecida,
sin temor al destierro ni al verdugo,
con estóico desprecio de la vida
rompió, lidiando, el ominoso yugo
que soportaba España envilecida.

De su entusiasta afán en los extremos
amasó con la sangre de su venas
la libertad que á su valor debemos.
¡Hoy nosotros, sus hijos, no tenemos
ni esperanza, ni fe, ni patria apenas!

El genio nacional, antes dormido
en la profunda noche de olvido,
llenó los aires con su voz sonora,
como el alegre pájaro en el nido
cuando le llama la rosada aurora.

¡Qué espontáneo y feliz renacimiento!
¡Qué pléyada de artistas y escritores!
En la luz, en las ondas, en el viento
hallaba inspiración el pensamiento,
gloria el soldado y el pintor colores,

¡Larra, Pacheco, Rivas, Espronceda,
Olózaga, Donoso, Avellaneda,
y cien nombres, orgullo de la historia,
ya son polvo no más! ¡Ya su memoria
sólo en el pueblo que ilustraron queda!

¡Su memoria mortal, que se derrumba
al impulso del siglo! Eco postrero
de su apagada voz, sordo retumba
en el helado mármol de la tumba
y se pierde en los ámbitos ligero.

Cuando, vertiendo silencioso llanto,
vuelvo á mi Edad la vista atribulada,
siento á la vez indignación y espanto.
¡Cómo pensar, generación menguada,
que en pocos lustros descendieras tanto!

Nuestros padres con ánimo sereno
hallaron en los campos de pelea
algo fecundo, provechoso y bueno.
Nosotros, sumergidos en el cieno,
no encontramos un hombre ni una idea.

Su aliento generoso y esforzado,
de Cádiz á las cumbres del Pirineo
avivó el fuego del honor sagrado.
Hoy la estéril república no tiene
ni un cantor, ni un artista, ni un soldado.

Ni nos defienda ya, ni el golpe embota,
partido en mil pedazos nuestro escudo.
El vulgo, el necio, vulgo nos azota,
yace el arte decrepito, está mudo
el genio, el arpa destemplada y rota,

Alguien con torpe y mentiroso halago,
en busca del aplauso apetecido,
agitó el fondo del impuro lago,
¡ay! y al vapor del fango removido
sólo engendra la peste y el estrago.

Tú dormirás en paz ¡oh varón fuerte!
con el sol de la patria que declina.
Y es venturosa y envidiable suerte
reposar en los brazos de la muerte,
cuando todo es dolor, vergüenza y ruina.

Tú de este triste y borrascoso drama
sacaste el puro corazón ileso.
Otros, que el pueblo alborotado aclama,
no durmirán tranquilos bajo el peso,
bajo el terrible peso de su fama.

5 de Noviembre de 1873.

A EMILIO CASTELLAR

¡Ya triunfó la república! Han vencido.
Tras prolongada y miseria agonía
lanzó á tus plantas el postrer gemido
nuestra sacra y gloriosa monarquía.
No vino á tierra como el cedro erguido
qu el huracán y el rayo desafia:
cayó como la mustia y débil hoja
de que en Octubre el árbol se despoja.

¡Ay! ¿Esta sociedad que desespera,
logrará acaso tiempos más felices,
porque haya muerto, sin luchar siquiera,
la tradición excelsa que maldices?
¿Se desplomó quizás porque tuviera
podrido el tronco y secas las raíces?
¿Fué su impensada y rápida caída,
torpe venganza ó pena merecida?

Si al paso que se extingue y desvane
como el último rayo vespertino,
renace el orden y la paz fiorece,
es que cumplió la ley de su destino.
Pero si la tormenta se embravece,
si nos arrolla el raudó torbellino,
si no se aclara el porvenir incierto,
entonces es que asesinada ha muerto.

Mientras el cielo mi conciencia guarde,
jamás se apartará de mi memoria
aquella triste y vergonzosa tarde,
baldón eterno de la patria historia,
en que un Senado imbécil ó cobarde
vendió sin fruto y entregó sin gloria,
cediendo á los estímulos del miedo
el trono secular de Recaredo.

No nació la república, gloriosa,
formidable y potente en lid reñida,
ni cual del casto cáliz de la rosa
la pura esencia en ondas esparcida.
Brotó de aquella tarde ignominiosa
como brota la sangre de la herida,
y como en medio de mortales dudas
nació de un beso la traición de Judas.

¡Oh! ¡Quién tuviese la robusta vena
de aquel ilustre historiador romano,
que en libros inmortales encadena
los fieros monstruos del linaje humano!
Mi pluma entonces.... ¡pero no! La pena
que envilece al león, honra al gusano;
nunca la ruin bajeza ha merecido
censura eterna, sino eterno olvido.

Tal vez ceñida de fulgentes galas
forjóse tu ilusión que en pleno día
la república, austera como Palas,
del cerebro del pueblo surgiría.
Tal vez pensaste que al tender sus alas
paz y ventura y luz derramaría,
siendo para tu fama ¡oh nuevo Orfeo!
la honrada encarnación de tu deseo,

Si el llanto no te ciega, en torno mira:
ya tu inspirada voz no la conmueve,
ya su templanza se convierte en ira,
ya revienta el volcán bajo la nieve.
Ya ha arrebatado tu sonora lira
la desgredada Musa de la plebe;
ya suena en vez de tu rotunda estrofa,
brutal insulto y sanguinaria mofa.

Ya con sordo fragor se precipita
y mueve á Dios desesperada guerra,
la santa cruz de los sepuleros quita,
vuelca las aras y los templos cierra.
Ya con furor satánico medita,
no sólo echar á Cristo de la tierra,
sino dejar en su insensato anhelo
mudo y vacío y solitario el cielo.

¡Inútil presunción! Cuando mañana
se agoste, como yerba, el poderío
de esta generación soberbia y vana
que lanza á Dios su inbécil desafío;
cuando de su grandeza soberana
quede el polvo no más, árido y frío,
¡tú, redentora cruz! ¡tú, santo leño,
sobre las tumbas guardarás su sueño!

¡Valor, Emilio! El pueblo se desborda
y nuestra gloria secular destruye.
¡Ya no existe el ejército! ¡Ya es horda
la que fué hueste, y se desmanda y huye!
La anarquía los ámbitos asorda,
la honrada libertad se prostituye,
y óyense los aullidos de la hiena
en Alcoy, en Montilla, en Cartagena.

Tu voz, que siempre condenó la saña
de la turba feroz, de nuevo estalle,
y vibre como el trueno en la montaña
y el bronce de los templos en el valle.
La triste España, nuestra madre España
se desangra entre el cieno de la calle;
ebrio el desorden la denosta y hiere.
Agonizando está. ¡Sálvala, ó muere!

23 de Diciembre de 1873.

TRISTEZAS.

Cuando recuerdo la piedad sincera
con que en mi edad primera
entraba en nuestras viejas catedrales,
donde postrado ante la cruz de hinojos
alzabo á Dios mis ojos,
soñando en las venturas celestiales.

hoy que mi frente atónito golpeo
y con febril deseo
busco los restos de mi fe perdida,
por hallarla otra vez, radiante y bella
como en la edad aquella,
¡desgraciado de mí! diera la vida.

¡Con qué profundo amor, niño inocente,
prosternaba mi frente
en las losas del templo sacrosanto!
Llenábase mi joven fantasía
de luz, de poesía,
de mudo asombro, de terrible espanto

Aquellas altas bóvedas que al cielo
levantaban mi anhelo;
aquella majestad solemne y grave;
aquel pausado canto, parecido
á un doliente gemido,
que retumbada en la espaciosa nave;

las marmóreas y austeras esculturas
de antiguas sepulturas.
aspiración del arte á lo infinito;
la luz que por los vidrios de colores;
sus tibios resplandores
quebraba en los pilares de granito;

haces de donde en curva fugitiva,
para formar la ojiva,
cada ramal subiendo se separa,
cual del rumor de multitud que ruega,
cuando á los cielos llega,
surge cada oración distinta y clara;